



Silvia Galvis



Lina María Pérez



Consuelo Triviño Anzola



Fanny Buitrago



María Teresa Ramírez Uribe



Claudia Ivonne Giraldo

# Novelistas colombianas ¿denuncia o compromiso?

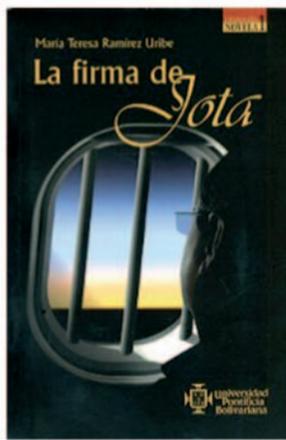
Helena Araújo

**E**n un texto digno de recordarse, Francine Masiello afirma que “la resistencia máxima de la literatura femenina de vanguardia se ve en el desafío al logos y en la reconstrucción del sujeto”.<sup>1</sup> Posteriormente, Cynthia M. Tompkins se referirá a la función deconstructiva del postmodernismo como elemento de resistencia política, imponiendo “una ética de la discordia, al señalar los efectos nefastos de las prácticas sociales del pasado y de los tiempos corrientes”.<sup>2</sup> ¿Negarlo? Un compromiso de disidencia puede inspirar a ciertas colombianas del *post-boom*: tan reacias al realismo mágico como a la temática intimista, ejercerán preferiblemente en la novela urbana.

## Un bello animal

En la primera década del milenio se destacan figuras estelares como Laura Restrepo, Angela Becerra, Pilar Bonnet.<sup>3</sup> Antes que ellas, sin embargo, ha publicado mucho Fanny Buitrago (1945), “sus relatos y novelas son como las calles de nuestra realidad. Por ellas van los modelos aprendidos e inventados, la falsedad, la pacatería, la falsa moral y el encubrimiento,

la mentalidad burguesa en el sentido más amplio y escueto de la palabra”.<sup>4</sup> ¿Admitirlo? En Buitrago un corrosivo realismo desenmascara la plutocracia incrustada en el engranaje político y los medios de comunicación. Privilegiando la indeterminación y la parodia, la narradora analiza ambientes viciados por la publicidad y el consumismo. En *Bello animal* (2002), la sospechosa muerte de una modelo llamada Gema Brunés (ídolo e ícono de la belleza femenina), revelará a lo largo de largos episodios su ascensión a la fortuna y a la fama; en brazos, o mejor, en garras de padrinos, cónyuges o pretendientes. Textualmente, las mujeres que la envidian, adulan o cortejan, los hombres que la usan, engañan u obedecen, surgen como arquetipos de una sociedad viciada. Un senador turbiamente elegido, un publicista ávido, una presentadora televisiva y un millonario sibarita, logran meterse en aventuras que pueden derivar en lo grotesco durante veladas y zambras donde el trago y la nieve empujan al delirio. Para el libidinoso Aurel Estrada (como para sus socios y compinches) “todo está manipulado por la publicidad: el comercio, la búsqueda



de la identidad y placer, la política, la guerra, hasta las relaciones personales. No se escapan ni la religión, ni la ciencia ni la muerte” (p. 35). Aquí, seis capítulos divididos numéricamente a lo largo de imprevistos, conmemoraciones y telepatías, imponen un discurso lúdico y un dialogismo que incurre en simulacros. Si las descripciones de la Bogotá decadente intentan enmarcar una caracterización de la mujer-objeto, el rechazo a indicios de inferioridad puede asimilarse a una ética de la discordia. A lo largo del texto, las historias se contienen unas a otras, pero, a su vez, se encajan o se diversifican dando lugar a identidades múltiples femeninas o masculinas. Como en sus relatos de juventud, Buitrago “penetra, describe, analiza, parodia, retrata y burla, sin dejar de pintar a color el ámbito ni abandonar la atención del lector”.<sup>5</sup>

### La mujer que sabía demasiado

*Polar*, novela negra, relato de técnica dialógica y suspenso dosificado, esta obra tiene además valor testimonial. Fallecida prematuramente luego de una brillante trayectoria, la autora seguirá siendo aclamada por sus logros en el ensayo y la narrativa, sobre todo en ambientes de temática histórica, denuncia social



y signo documental. Al revelar las estrategias de funcionarios y políticos ante el creciente poderío de las mafias, Silvia Galvis (1946) construye su propia semántica y su propia semiótica. Así, los itinerarios de una chica aventurera, habilitada para comercios ilícitos, se desarrollan en diez capítulos intensos, repartidos entre atropellos, violencias, sobornos y felonías. ¿Cómo evitarlo? La revisión de su pasado y la descripción de su deceso la erigen en heroína folletinesca. Frente a su turbia, azarosa trayectoria, la del fiscal Nolano surge como itinerario ejemplar; no sólo fiel a leyes y códigos sino a la mejor literatura. Sí, sí, en medio de tanto desbarajuste, el fiscal quería “escribir una novela policíaca porque el género planteaba un tema en la conciencia humana: la batalla entre el bien y el mal; pero ganar la batalla suponía buena fe y esa había sido extraditada de Colombia hacía tiempo” (p. 157). A lo largo del texto, Nolano y su amiga Sara B, Nolano y su colega Tobías, se mueven en un laberinto de complots, encuestas y sumarios, intentando una investigación que pretende ser exhaustiva. ¿Confesarlo? En interrogatorios y procesos que recuerdan ciertas famosas series de televisión, Sara B aporta humor y fina ironía. Nolano mismo, tan aficionado al género



detectivesco, cita con gracia a Conan Doyle, a Hammet, a Chandler, a Simenon, creando novelas-dentro-de-la-novela que intrigan y divierten. Al final, su fracaso y sacrificio comprueban lo que Sara B ha afirmado siempre: “Colombia es una narcodemocracia desgobernada por el narcogobierno más corrompido del planeta” (p. 99).

Recordemos, Silvia Galvis publica su *Polar* cuatro años después del novelón de Fanny Buitrago. Ambas obras pretenden ser urbanas y apelar a una temática de resistencia en una década ajena al realismo mágico, la mística izquierdista y otras manías del boom. Postmodernistas, Buitrago y Galvis se ejercitan en un dialogismo “que estructure desde el interior el modo mismo sobre el cual el discurso conceptualiza su objeto y hasta su expresión, transformando la semántica y la estructura sintáctica”.<sup>6</sup> Si esta “transformación” se siente sobre todo en Buitrago, alcanzando desórdenes carnavalescos e incitando a la transgresión y a la ruptura, en Galvis todo se inicia en una trama lineal clara, que se enraza de jurisprudencia formal y retórica leguleya, y alcanza a matizar rigores con burlas y decretos con chistes. Todo ello, de verdad, ¿para qué? Para explicitar, relatar, interpretar a una Bogotá que fuera Santafé hasta resurgir

como un mundo de “alrevesada, heteroglósica exhuberancia, de incesantes excesos donde todo es mezclado, híbrido, ritualmente degradado y corrompido”.<sup>7</sup>

### Mortajas cruzadas

¿Recordarlo? Para muchos de sus ilustres habitantes una ciudad como Bogotá impone entierros dinásticos y honras fúnebres de alcurnia. En esta primera novela de Lina María Pérez (1949), intrigas y maniobras, promesas y delaciones rondan los camposantos. Adolfo Valdivia, novelista elegante, pretende superar su megalomanía en torno a la publicación de un *best-seller* titulado *Angulo recto*. Las dudas que lo abruman durante la elaboración de una segunda obra, le incitarán a una tanatofilia casi maniática. Así, Oliviana, su secretaria amanuense, deberá asistir a entierros y funerales y elaborar informes para nutrir sus ficciones. ¿Cómo evitar que se convierta en una musa imprescindible? ¿Cómo evitar que suscite los celos de la novia de Adolfo y de la querida de su mejor amigo? Una y otra viven en Bogotá, “donde los chillidos de gatos se confunden con los llantos de perros. Y los gamines drogados se vengán de sus desgracias con gritos y carcajadas despertando a aquellos que están en una cama tibia” (p. 114). Cuando el mejor amigo de Adolfo se asume gay justo antes de marcharse con un apuesto mancebo, su compañera incurre en un vulgar crimen pasional poco antes de engullir una astronómica dosis de barbitúricos. ¿Y de Oliviana qué más? Como toda una chica liberada, alternará coqueteos con Adolfo y amoríos con un estudiante guajiro apodado Lafinur (en honor a Borges). Afiliado a grupos extremistas que terminarán asesinandolo en un

ajuste de cuentas, Lafinur posee “el nombre y el cuero de cada ser humano que padece injusticia en el país” (p. 206). ¿Revelarlo? Lafinur de verdad se llamaba Maratey Ureguana y era jefe de estructuras urbanas de un archifamoso ELT. ¿Y Adolfo? Luego de una larga, tétrica, dolientísima ausencia, se comunicará con Oliviana y ambos decidirán irse una tarde a la laguna de Siecha, alquilarán una barca y arrojarán por la borda los trofeos del guerrillero sacrificado.

¿Definir la novela? Quizá como un texto de refinada sardonía y delicada ironía, en que el desarrollo de la narración a través de diversos niveles se sucede con gracia y naturalidad. ¿Por qué no? Semántica inteligente para escenarios de tanatofilia cuya simbología suscita (diría Barthes) el “placer del texto”. Si su realismo sofisticado no alcanza a ser técnicamente dialógico, la yuxtaposición de gestos y reflexiones por parte de los actantes impone cierta dualidad. ¿Aceptarlo? La indeterminación alcanza aquí niveles semejantes a los que alcanzan en escritos de vanguardia el flujo de conciencia o el monólogo interior. Rompiendo el orden cronológico, el discurso asume referencias a diversas opciones y finalmente se define por su ambigüedad. En los narradores-novelistas, los comentarios auto-reflexivos sobre el proceso de la escritura densifican instancias del subconsciente. Al insertar su identidad entre la primera y la segunda persona, éstos y otros testigos de los eventos descartan toda obviedad. Si el suyo es un perspectivismo que desecha la fe en un sujeto unificado, las caracterizaciones que suscitan les aproximan al paradigma. Como confiesa Oliviana en una de sus meditaciones: “Mis sesiones noc-

turnas con mi literatura comenzaron a desprenderme de algunos de mis Adolfos” (p. 223).

### Una isla en la Luna

Novela urbana y quizás novela negra, *Una isla en la Luna*, de Consuelo Triviño Anzola (1956), recauda elementos románticos aunque lidie con la generación hippie. Monólogos que autodescriben o autoanalizan a la juventud rebelde y ávida, ingenua y utópica de las élites capitalinas, alternan aquí con disertaciones de un erudito maestro foráneo o divagaciones de un arquitecto prudente pero enamorado. Así, a lo largo de 217 páginas, la protagonista estelar será Aura, estudiante candorosa pero inquieta, escandalosamente ajena a las tradiciones beatas y reaccionarias de su familia. Sí, sí, desde los 17 años Aura ingresa en una escuela nocturna de periodismo, hasta lograr redactar artículos sobre temas tan escabrosos como las estrategias y rutinas de vagabundos callejeros. Poco a poco, sin embargo, su obsesión por la prensa se ha de convertir en una obsesión por la literatura. ¿Cómo? Al conocer una tarde, casualmente, a un escritor apático y misterioso. ¿Crearle? Sí, sí, amor a primera vista. Sergio León Gómez, autor de una novela titulada *La muerte del día*, pasa interminables veladas meditando, bebiendo, drogándose o polemizando con un catedrático extranjero llamado Blume. ¿Quizás por ser éste un ídolo de la intelectualidad capitalina? Difícil saberlo. Sobre todo tratándose de un individuo como Sergio León Gómez, quien luego de pasar su niñez en la fastuosa hacienda de sus antepasados, viaja por Europa y Estados Unidos antes de regresar a encerrarse en una quinta bogotana con muy buenos

libros y muy buen servicio por parte de la joven hija de una negra que fuera la querida de su difunto padre. Ególatra y megalómano, alcohólico y toxicómano, Sergio León vivirá desde entonces para la creación literaria. Y se dejará querer por Aura. ¿Aura? Sí, Aura, muchacha dispuesta a dejarlo todo para dedicarse a copiarle sus manuscritos y a soportarle su amancebamiento con una criada de ancestro africano. ¿Cuánto más aguantará esa Aura que antes solía ejercerse como periodista? Bueno, tal vez con Sergio León estará mejor que viviendo en el centro de Bogotá al lado de una excéntrica amiga gringa o compartiéndolo todo con los miembros de una comuna hippie que la menosprecian. ¿Cómo entender a Aura? se pregunta un ingenuo y tal vez altruista vecino del barrio, arquitecto profesional y dispuesto a darle consejos y acompañarla. ¿Crearle? Será este testigo de su derrota quien acabará manteniéndola y protegiéndola, luego de una oscura noche de vagabundeos en que Aura será atacada, abusada y herida por maleantes. Bueno, después de hacerla trasladar de urgencia a una clínica, su devoto admirador se dedicará a amarla con la misma desoladora pasión con que ella, Aura, ama a Sergio León Gómez.

Vagamente decimonónica y romántica, *Una isla en la Luna* se construye en líneas paralelas, admitiendo alusiones a temas literarios. Al insertar a lo largo del texto ciertas descripciones de pronósticos, la autora crea dilemas en torno a la realidad: film de horror y relato medido en suspensos, la novela no alcanzaría a ser plenamente veraz si la transgresión social y la filiación de la protagonista no se concentraran

en una poderosa subjetividad. ¿Dudarlo? Tanto Aura como el narrador que la sigue, la persigue y la favorece, profesan una vocación de responsabilidad ante el prójimo, una generosidad que impone doble sentido a su propia conducta. Así, su pasión y su sacrificio inspiran un fervor mimético. A lo largo del texto, más que la individualidad de los protagonistas se tiende a contemplar sus trances: finalmente, el vacilar entre posiciones subjetivas crea un juego de ausencia y presencia que concierne a la identidad. ¿Admitirlo? Estas técnicas de fragmentación y auto-reflexión atentan contra las convenciones del realismo, reforzando mecanismos deconstructivos. Al final, según dice el narrador, se admite que “la verdad es esquiva, no vale la pena buscarla porque muchas veces el velo que entorpece nuestra visión oculta un vacío que llenamos con nuestros fantasmas” (p. 183).

### La firma de Jota

Ahora bien, si para Fanny Buitrago, Silvia Galvis, Lina María Pérez y Consuelo Triviño Anzola el escenario urbano es Bogotá, para María Teresa Ramírez Uribe (1948) será Medellín. Sí, sí, la Medellín de los grandes negocios y las grandes familias, en que el portero de alguna deslumbrante urbanización anda anunciando visitantes que ingresan en autos de lujo. ¿Anticiparlo? En ese ambiente ha crecido Juan David Reyes, rodeado de gente privilegiada y mimado por una madre que fatalmente fallece en el primer capítulo del folletín. Una esposa bonita y remilgada y un par de niños en edad escolar completan el cuadro en vísperas del sepelio de la respetable matrona y de la irrupción de un par de gendarmes en la

oficina donde Juan David Reyes se desempeña como gerente de una compañía aérea inexplicablemente involucrada en la compra-venta de un Piper secuestrado. Ese día, Juan David —apodado Jota por parientes y amigos— será detenido, esposado, trasladado a la fiscalía y de allí —en vuelo de urgencia— a la cárcel de Villavicencio. Si tal atropello —debido a lo que Jota considera desde entonces un inexplicable embrollo— le resulta enervante, nunca hubiera podido imaginarse lo que sigue: su encierro en un calabozo pestilente y luego en un presidio llanero donde gobiernan las mafias y el soborno es ley. ¿Tanto dato será cierto? Su abogado —que conoce el ambiente— propone ofrecer una suma cuantiosa para hacerlo alojar en celda ventilada, con comida decente y agua potable. Sin embargo, durante los meses que pasa en esa sórdida cárcel, Jota será visitado por su apoderado y por su esposa, sin que el uno o la otra logren levantarle los ánimos o aliviarle la depresión. Sin remedio, Jota se contagiará de la malaria que ha de afligirlo, agotarlo y liquidarlo. Verdad, la novela se titula *La firma de Jota* por firmar Juan David Reyes la compra-venta de un avión traficado por ciertas mafias. Sí, sí, allí y entonces Jota firma su sentencia de muerte.

Ahora bien, sobre *La firma de Jota*, se puede decir, como sobre tantos textos testimoniales, que la conducta de los protagonistas alcanza a ser influenciada por jerarquías que incurren en un juego de ocultamiento y evidencia. Ejercidos en una atmósfera de intriga, los formalismos conllevan una trampa inminente. Si el Estado cobija prácticas ilegales, la comunidad responde ejerciendo una doble moral. En fin, se trata de un

engranaje que produce elementos cómplices con base en falsedades y transgresiones. Juan David, actor principal del drama, pasa de funcionario elegante a proscrito recluso. ¿No es de reconocerse en su caso la maquinaria burocrática? Jota mismo siente y presiente: “en este país la justicia camina a paso de tortuga y mientras averiguan el resto me voy a podrir yo aquí” (p. 154). La experiencia que vive como burgués antioqueño demostrará una compleja interacción entre subordinación civil y complicidad social. Así, al reaccionar, Jota no será el protagonista de su propia historia sino el instrumento de un sistema. Gradualmente, el efecto de tensión que suscita su trayectoria implica su posición en los vericuetos del testimonio. ¿Disimularlo? El cariz de la situación jurídica traduce fallas en la legislación. Frente a un delito evidente se intuye un tiempo congelado: si la trama parece lineal es porque los acontecimientos se suceden por fuera de la verdad. Ramificado y prolijo, el texto pretende manifestar visiones y versiones, dudando sobre lo legítimo y lo ilegítimo, lo circunstancial y lo cierto. El oportunismo de las mujeres que rodean a Jota, su vocación de deslealtad, caracterizan al medio en que deben sobrevivir. Para ellas, como para Jota, rige un orden vandálico.

### El cuarto secreto

¿Cómo abordar una subjetividad narratológica en textos de testimonio y denuncia? Si según Paul De Man “la autobiografía depende de eventos actuales y verificables con menos ambivalencias que la ficción”,<sup>8</sup> es factible que novelistas de hoy intenten asumir un compromiso social al experimentar con el sentimiento

y el instinto que derivan de sus propias vivencias. ¿Admitirlo? Abolida la lógica racional que distingue el adentro del afuera, el espacio puede implicar una relación complementaria con el tiempo. ¿No se lidiarán así tramas en que el modelo de lo previsto busca transmutarse en la figura de la otredad? Un texto tensionado tiende a definirse al ingresar en zonas donde la subjetividad va creando dudas en torno a lo legítimo y lo ilegítimo, lo real y lo virtual, lo tangible y lo abstracto. Nada puede ser anterior al germen ficcional.

Inspirándose en la ideología de Virginia Woolf, Claudia Ivonne Giraldo (1956) elabora aquí una primera novela en que la indeterminación domina cuando la digresión descarta elementos de realismo como la cronología y la causalidad. Sutilmente, la narradora incita a alternar la atención con respecto a protagonistas imbricadas en una doble corriente temática: la de una panteísta iluminada y la de una esposa adúltera, la de una artista intuitiva y la de una madre consagrada. ¿Confesarlo? Si la personalidad lúdica de la autora puede recordar obras como *Las olas*, algunos de sus soliloquios pueden llevar a obras como *Un cuarto propio*. Al relatarse, expresarse, fundirse en una sola, ciertas mujeres ejercen sueños y obsesiones, frustraciones y logros. Así, siendo hembra agreste, un ama de los bosques habita en ámbitos legendarios y mitológicos. Relacionada con una campesina que la instruye en procesos de cosechas, crías, ciclos y rituales, también quiere acudir a citas nocturnas en la alcoba secreta de su morada. Sin embargo, allí algo remite a evocaciones de cierta anciana parienta con quien se

identifica, añorando los barrios de una Medellín de alcurnias y servidumbres. Ahora bien, frente a sus ámbitos oníricos, las rutinas de esa otra hembra que es ella misma, implican horarios de funcionaria profesional, esposa burguesa y madre de familia. ¿Cómo evitar que la ciudad la obsesione, la amedrente, la angustie? Una ciudad “atestada de tráfico enloquecido, que ruge indiferente al dolor, en la que se construyen cada vez más edificios, avenidas, monumentos a la vanidad y a la soberbia, mientras el río oscuro corre embravecido como una cicatriz que la atraviesa, avisando de la herida, de las aguas que se acumulan en el norte donde pareciera haber otra ciudad, la ciudad pobre que crece en desorden, que trepa en construcciones imposibles de ladrillo y madera por las laderas de las montañas que circundan el valle; sus habitantes vigilan las relucientes luces de abajo y pueden dar al traste con la aparente calma ciega que se maquilla al sur, esa otra ciudad vanidosa y fatua” (p. 85).

Ahora bien, a medida que se enfrenta a la urbe, enumerando y revelando sus quehaceres de hogar y oficina, la protagonista detalla a quienes la rodean: un marido infiel, una hija mayor anoréxica y una hija menor candorosa, un jefe autoritario y un amante adaptable a las circunstancias. ¿Podrá ella algún día devenir realmente en “ama del bosque” y vivenciar las etapas de su itinerario existencial? Tanto en su personalidad civil como en su réplica agreste, la recurrencia de memorias traumáticas ha de señalarle el camino... ¿Aceptarlo? Se trata de un texto cuya estructura experimental rechaza la narración directa: la importancia de los segmentos del pasado codifica como subtextos historias que se han

de relatar. Aquí, como en Virginia Woolf, se presente la sinceridad y el cálculo, la compulsión y el desengaño. Aquí, como en Virginia Woolf, se aprende pensando y sintiendo.

### La vida es dialógica por naturaleza

Esta lectura de seis novelas publicadas durante la primera década del siglo, implica la evidencia de una intertextualidad que desconoce diferencias de generación o de discurso. Se ha dicho que “la vida es dialógica por naturaleza, vivir significa participar en un diálogo, interrogar, escuchar, responder”.<sup>9</sup> Ahora bien, este proceso resulta más evidente en cuanto atañe a un contexto ciudadano. ¿Adivinarlo? Aquí, en todas las seis autoras, las metonimias en torno a la ciudad implican una afirmación de la identidad y una asimilación del tiempo histórico real en la escritura. Sí, sí, lo que Bajtin denominara “cronotopo” surge y resurge en la narrativa de quienes pretenden hallarse lidiando una memoria ajena al auto-reconocimiento. En un libro sobre la transmodernidad, Rosa María Rodríguez Magda se inspira en ciertos pensadores germanos, atribuyendo a Weber una racionalización progresiva y a la Escuela de Frankfurt el desarrollo de una razón instrumental, propiciado por el capitalismo. Así, la consecuencia de una posible confusión entre Modernidad y Modernización sería “un avance hacia un amargo futuro opresor del individuo”.<sup>10</sup> ¿Quién se atreve a negar que hoy existe la posibilidad de crear un universo donde “el avance del conocimiento implique una razón moral y un desarrollo democrático de la justicia social?”.<sup>11</sup> Ahora bien, nos atrevemos a afirmar que en la novela femenina actual el proceso se repite en

cuanto la temática sea urbana. Se trata, entonces, de avanzar hacia la transmodernidad y captarla como una ficción, siendo la realidad “una copia que suplanta al modelo, un eclecticismo canallesco y angélico a la vez”.<sup>12</sup> ■

Helena Araújo (Colombia)

Ensayista y novelista, vive actualmente en Suiza. Recientemente se publicó su libro de cuentos *Esposa fugada y otros cuentos viajeros*.

### Notas

- 1 Francine Masiello. “Texto, Ley, Transgresión: Especulación sobre la novela femenina de Vanguardia”. En: *Revista Iberoamericana*. Universidad de Pittsburgh, Vol. 132-133, julio-diciembre, 1985, p. 820.
- 2 Cynthia M. Tomkins. *Latin American Postmodernisms - Women Writers and Experimentation*. University Press of Florida, 2006, p. 152. (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).
- 3 Para la novelística urbana de Laura Restrepo, ver sobre todo: Carmiña Navia Velasco. *La Narrativa Femenina en Colombia*, “Laura Restrepo: la Creación de un Universo Literario”, “Delirio”. Universidad del Valle, 2006, pp. 152-63. También: Elizabeth Montes Garcés. “Deseo social e individual”. En: *El universo literario de Laura Restrepo* (edición de Elvira Sánchez Blake y Julie Lirot). Bogotá: Taurus, 2007, pp. 253-260. Para la novelística de Angela Becerra, ver la memoria del *Homenaje a Angela Becerra - IV Encuentro de escritoras colombianas*. Bogotá: Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer, marzo 2007. Para la novelística de Piedad Bonnet, ver la memoria de *Homenaje a Piedad Bonnet - V encuentro de escritoras colombianas*. Ensayos de Mery Cruz Calvo, Alberto Quiroga y José Eduardo Jaramillo Zuloaga. Bogotá: Consejería Presidencial para Equidad de la Mujer, abril 2008, pp. 40-59.
- 4 Luz Mary Giraldo. *Ciudades escritas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2000, p. 199.
- 5 *Ibid.*, p. 201.
- 6 Tzvetan Todorov. *Mikhail Bakhtine et le Principe Dialogique*. Paris: Seuil, 1981, p. 102. (Traducción para este ensayo de Helena Araújo)
- 7 Eleanor Ty. “Desire and Temptation Dialogism and the Carnavalesque in Category Romances”. Incluido en: *A Dialogue of Voices. Feminist Literature and Bakhtin* (Karen Hohne y Helen Wussow

editoras), University of Minnesota Press, 1994, p. 106 (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

8 Paul De Man. *The Rhetoric of Romanticism*. “Autobiography as Defacement”. Columbia University Press, 1994, p. 68. (Traducción para este ensayo de Helena Araújo).

9 Tzvetan Todorov, *Op. cit.*, p. 149.

10 Rosa María Rodríguez Magda. *La sonrisa de Saturno. Hacia una teoría transmoderna*. Barcelona: Anthropos, 1989, p. 104.

11 *Ibid.*, p. 107.

12 *Ibid.*, p. 141.

### Bibliografía

- Buitrago Fanny. *Bello animal*. Bogotá: Planeta, 2002.
- Galvis Silvia. *La mujer que sabía demasiado*. Bogotá: Planeta, 2006.
- Giraldo Claudia Ivonne. *El cuarto secreto*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, Colección Madremonte, 2008.
- Pérez Lina María. *Mortajas cruzadas*. Bogotá: Planeta, 2008.
- Ramírez Uribe María Teresa. *La firma de Jota*. Medellín: Editorial Universitaria Pontificia Bolivariana, 2006.
- Triviño Anzola Consuelo. *Una isla en la Luna*. España: Albatros Ediciones, 2008.

## Adpostal



**¡Llegamos a todo el mundo!**  
**CAMBIAMOS PARA SERVIRLE**  
**MEJOR A COLOMBIA**  
**Y AL MUNDO**

**ESTOS SON NUESTROS**  
**SERVICIOS**

Venta de productos por correo, servicio de correo normal, correo internacional, correo promocional, correo certificado, respuesta pagada, post express, encomiendas, filatelia, corra, fax

Lo atendemos en los teléfonos  
243 88 51 - 341 03 04 - 341 55 34  
980015503 Fax: 283 33 45